

## Perspectivas para 1957

No es privativo de la esfera de los negocios hacer un alto, ante el umbral de cada nuevo enero, para pasar revista al año que concluye y considerar las perspectivas del futuro inmediato. También en planos más generales y más elevados es práctica útil y saludable este "balance" que llama a la reflexión.

Pues bien: ¿qué nos dice un examen retrospectivo de 1956? ¿Con qué problemas y posibilidades nos espera 1957?

En el orden internacional, "la situación de hoy, que no tiene parangón con el pasado" —son éstas las palabras con que la alude el Papa Pío XII en su extraordinario Mensaje de la pasada Navidad— está presente en la mente de todos, aun de los más despreocupados: 1956 se cerró con la impresión todavía fresca del inusitado recurso a la fuerza en el Canal de Suez y la consiguiente angustia de no pocos países, sobre todo los europeos que aún no han acabado de cicatrizar sus heridas, ante el peligro de una nueva y esta vez definitiva guerra mundial. El peligro inminente parece haber pasado. Pero lo que sí queda en todas las conciencias occidentales, como saldo de este año que acaba de cerrarse, es un secreto remordimiento por lo que llamaríamos un pecado de omisión, que ahora todos se esfuerzan por reparar con discursos, con ayudas a refugiados, etc. Ahí está, presente en todos con algo de "Yo acuso", la tragedia de Hungría; el martirio (y no olvidemos que martirio significa precisamente "testimonio") de ese pequeño y heróico pueblo que ama su libertad y su fe más que su vida. "Con que la UN hubiese enviado una veintena o un centenar de observadores a Budapest en esos dos o tres días en que Hungría fué libre, y en que el poderío ruso estaba muy debilitado en el país, y los rusos mismos desconcertados ante la incógnita de la actitud que tomarían las naciones occidentales, Hungría se hubiera salvado", declaró no hace mucho uno de aquellos héroes, al llegar a un país libre. Pero, ya lo sabemos, el engranaje se movió lenta y pesadamente, las democracias occidentales estaban demasiado ocupadas en Suez, y ahí quedó sin respuesta el S.O.S. desesperado, cada minuto más angustioso y urgente, de los patriotas húngaros que no podían convencerse de que todo hubiera de ter-

minar así. Ahora, ya el telón de acero ha vuelto a cerrarse y quizá durante mucho tiempo no podamos hacer otra cosa que acompañar con el pensamiento y la oración a ese pueblo valiente que en las tinieblas sigue su lucha hasta vencer o morir. Es lo menos que el mundo occidental puede hacer, mientras espera la oportunidad de hacer algo más. ¿Cómo? ¿Lanzándose a la aventura tremenda de otra guerra? Es de esperar que no. Pero aun sin guerra hay mucho qué hacer, en el combate vigilante y alerta contra el comunismo en cada país, para desenmascararlo y poner en evidencia sus engaños, cerrar así el paso a esta verdadera "infección internacional" que aspira a gangrenarlo todo, y evitar así que en otros países —incluso en el nuestro— se repita esa tragedia húngara que ahora quizá a algunos les parece ajena y lejana.

Y aquí, una advertencia: en la Argentina estamos pasando, indudablemente, graves momentos de crisis institucional, de desorientación, de confusión que son inevitables tras una revolución que nos libera bruscamente de un estado de cosas que ya llevaba muchos años. Al volver a respirar el aire libre, no se recupera de golpe el sereno ejercicio de esa libertad. Hay impacencias largas años reprimidas, hay en no pocos —sería humanamente pedir demasiado el que no los hubiera— rencores y deseos de revancha, hay ambiciones y hay incluso —como quizá es el caso de muchos políticos— el sincero convencimiento de que sólo el propio partido es el único que detenta la recta solución a todos los problemas. Y como resultado de todo ello, el diálogo se vuelve tenso, las divergencias priman a veces sobre la tarea común y hacen difícil la colaboración, surgen del olvido viejos agravios que en nada ayudan a entenderse; en el orden práctico vienen muchas veces las marchas y contramarchas, los tanteos, aun los fracasos. Y en cada caso el afán puesto por muchos de esos grupos en poner implacablemente de relieve esos errores, esos desaciertos, y aun magnificarlos, no ayuda ciertamente en la ardua empresa común y si abre la puerta, en cambio, al descontento y al escepticismo que es el caldo de cultivo que otros agentes antiargentinos están esperando ansiosamente. No nos referimos a los que, por cuenta propia o ajena, trabajan por un descabellado "regreso". Nos referimos a algo mucho más grave: a los agentes sagacísimos, diestros y preparados, del comunismo internacional siempre al acecho para sacar partido de todo, y que saben explotar al máximo esa interna división, atomización y falta de concordia que nosotros les ofrecemos. Estamos así abriendo la puerta al enemigo. Y al paso que vamos, ante la inminencia de las contiendas eleccionarias, habrá que estar muy sobre sí para que esta situación no se agudice aún más. Llamémonos seriamente a la reflexión. No se trata de que cada hombre o partido abdique de sus propias legítimas opiniones, pero sí se trata de que esas legítimas, y aun útiles divergencias, no nos hagan perder la solidaridad frente a los grandes intereses de la patria, frente al peligro común. Si no, es de temer nos llegue el momento de aprender en carne propia que "todo reino dividido perecerá". Y cuando lo hayamos aprendido, entonces ya será demasiado tarde.